

XI.

La vida de provincias tiene su parte buena y su parte mala. Nosotros no hablaremos ahora más que de la buena.

La buena es, ante todo, la casa de familia, que no tiene sustitución en París; el viejo nido hereditario, que las generaciones sucesivas reparan, pero no cambian nunca; donde el cabeza de familia se impone el piadoso deber de residir, y donde los pájaros que huyeron vuelven al año siguiente á buscar

las dulces sensaciones de su infancia. Cuando se vuelve allí, fatigado de la vida y desencantado de las pasiones, se siente un sentimiento de paz y de bienestar! Se respiran con dulce melancolía los aromas de otros tiempos; se oyen los ruidos familiares de la casa, las voces misteriosas, los murmullos, las quejas que escucharon nuestros antepasados y que escucharán nuestros hijos.... Parece que en medio de esas tradiciones continuas, nuestra existencia se remonta al pasado y se prolonga en el porvenir, concediéndonos una especie de eternidad.

Durante los primeros días de su estancia en Boisvilliers, Felipe experimentó estas emociones con toda su fuerza, y aun realzadas con los encantos de un amor casto y purísimo. Al principio las disfrutó sin mezcla de

sombra alguna, como el náufrago á quien una ola arroja sobre la playa no siente en las primeras horas más que el goce de vivir y de respirar.... Pero luego recordó que aquel retiro encantador no estaba al abrigo de incidentes desagradables.... ¡ Si hubiera podido, con una varita mágica, poner un abismo infranqueable entre París y La Roche-Ermel! ¡ Qué tranquilidad! ¡ Qué dicha!

Pero el agudo silbido de la locomotora, cuando el tren atravesaba los campos por las mañanas y por las noches, le recordaba que aquel abismo no existía, y que la Marquesa podía interponerse entre él y su prometida, como el ángel malo de su juventud.

Esta quimera le asaltaba bruscamente en medio de sus paseos y de sus conversaciones con Juana; le desve-

laba por la noche, y el nombre de Talyas, que tan dulcemente había sonado á su oído, atormentaba ahora su pensamiento con horribles pesadillas. El secreto que encerraba su pecho en la pura intimidad de la familia, le pesaba como un sacrilegio, y veinte veces estuvo tentado á confiársele á su padre y hasta á su prima Juana. ¡ Pero aquel secreto no le pertenecía á él solo, y no podía revelarle sin degradarse!.... Además, ¡ cómo llevar el disgusto y la tristeza que semejante revelación había de producir en aquellas almas tranquilas y dichosas! No, no debía darles ni el más pequeño motivo de disgusto, sino guardar para él solo su carga.

Más resuelto que nunca á romper sus relaciones con la Marquesa, se impuso desde entonces la difícil tarea de

engañarla en todo, hasta que se verificase su matrimonio. Se proponía viajar en seguida con Juana durante algunos meses, y llegar así, ganando tiempo, á una ruptura sin sacudida y sin escándalo. Entretanto, no quería despertar la desconfianza de la Marquesa, y continuaba escribiéndola continuamente, conforme la había prometido. Cada una de sus cartas le costaba horribles esfuerzos para que fuera cariñosa. ¿No podía llegar día en que las viese su prima Juana? Era preciso que pareciesen á la Marquesa muy expresivas, y al mismo tiempo que la señorita de La Roche-Ermel no pudiera encontrar en ellas una contradicción á las palabras de ternura que Felipe la prodigaba todos los días.

Por lo demás, no hacía ningún misterio, ni con su familia ni con Juana,

de la amigable correspondencia que sostenía con la Marquesa. Su aventura con el Marqués, la íntima unión que había entre ellos, y su confianza en aquella casa, eran, hacía tiempo, hechos muy conocidos en La Roche-Ermel. El señor de Boisvilliers en todos sus viajes á París había sido recibido por el Marqués y su mujer con una cordial simpatía, y guardaba de sus bondades para Felipe y para él el más grato recuerdo, profesando, en particular por la Marquesa, un culto respetuoso y entusiasta. Juana, á quien había hablado frecuentemente con admiración de la distinguida amiga de su hijo, le daba broma, diciéndole que estaba enamorado de ella. La idea de que la pasión del padre pudiera ser al mismo tiempo la del hijo, no le había pasado jamás por la imaginación, pues

había oído decir que la Marquesa tenía una hija en edad de casarse, y por esa predisposición natural á ver las cosas bajo su punto de vista más lógico, se figuraba á la amiga de Felipe como una persona que habría podido ser hermosa, pero que no podía ser ya más que una señora respetable. Esta ilusión duró hasta que un hecho que ocurrió algún tiempo más tarde la disipó.

La ansiedad continuada en que vivía Felipe; sus secretas angustias, sus accesos de melancolía, no podían continuar largo tiempo ocultos á los ojos de una mujer de un espíritu tan elevado como la señorita de La Roche-Ermel. Juana se inquietaba desde hacía algún tiempo por aquellos síntomas inexplicables, y se preguntaba si la dicha que había creído alcanzar no habría sido más que una ilusión; cuando

una preocupación más marcada aún en la actitud y en la conducta de Felipe, la ofrecieron ocasión de explicarse con él.

La fecha de su matrimonio estaba ya fijada, y debía tener lugar al cabo de seis semanas, hacia los primeros días de Setiembre. Quedaba apenas tiempo para proceder á las compras de la canastilla y á los preparativos del *trousseau*. La tía de Juana anunció un día, durante el almuerzo, que estaba dispuesta á ir á París con su sobrina, en compañía de los señores de Boisvilliers, para ocuparse allí de aquellos importantes detalles. La marcha se fijó para el jueves siguiente, y mientras que discutían sobre este asunto, Juana extrañó el silencio de Felipe y su aire pensativo y casi consternado. Después del almuerzo dieron un paseo á caballo

por el bosque, y el conde Leopoldo, que los acompañaba, quedándose discretamente, según su costumbre, á la retaguardia, los dejó ir delante. Juana aprovechó aquel momento, y tocando ligeramente con su fusta el brazo de su prometido:

—¿Qué tenéis, Felipe? (le dijo, mirándole con su aire grave.) Os ruego que me lo digáis.

—Pero.... si no tengo nada,—dijo el joven, tratando de sonreír.

—Perdonad.... Desde hace algún tiempo estáis triste, inquieto, silencioso, y estos síntomas se van acentuando cada vez más.... Pues bien, Felipe; voy á ser franca: si os arrepentís ya, si habéis pensado de otro modo...., apelo á vuestro honor....; decidmelo claramente. Estáis perdonado de antemano.... He sufrido mucho en

mi vida, y estoy dispuesta á sufrir más....; ¡me extrañaba mucho ser feliz!; pero hay un género de sufrimiento que me sería intolerable, y acabaría por matarme...., y eso no os lo perdonaría nunca: ser engañada; sentir el humillante dolor de que me amasen por lástima, y se casasen conmigo por deber.... ¡Todo menos eso!

—Juana (dijo Felipe, fijando sus ojos en la joven, en los que ésta pudo leer la sinceridad más profunda), ¡os amo!.... ¡Os amo con toda mi alma!.... ¡Sois mi único pensamiento!.... Si tuviese que renunciar á vos, se me destrozaría el corazón.... Os juro ante Dios que he dicho la verdad.

—Os creo,—dijo la joven.

Y suspirando como si se la hubiese quitado un peso de encima, añadió:

—Pero entonces, amigo mío, ¿qué

es lo que tenéis?... ¿Queréis permitirme que lo adivine, puesto que no soy yo la que os da miedo?...

—¡Miedo! (murmuró el joven con voz baja y apasionada.) ¡Si os adoro!

—¡Muy bien hecho! (dijo Juana riendo.) Pero si no soy yo, es la vida de provincia la que os espanta..., ¿no es eso?... Cuando han hablado de ese viaje á París, he visto que habéis palidecido. Sin duda la idea de volver á vuestro querido París y abandonarle luego para siempre, os ha oprimido el corazón..., ¿no es cierto?... Pues bien: vamos, me será muy penoso abandonar á mi padre; ¿pero no podríamos dividir nuestra existencia, y pasar la mitad del tiempo en París y la otra mitad aquí? ¿Estaríais contento de ese modo?

—¡Ay, querida niña! (dijo Felipe.)

¡Cuán lejos estáis de la verdad!... Me encuentro en el paraíso en este rincón del mundo..., y no deseo más que vivir y morir en él á vuestro lado.... Aborrezco á París, y no tengo de él más que malos y miserables recuerdos....; el solo pensamiento de pasar allí algunos días me es insoportable.... Es una locura, una superstición, lo que queráis; pero, os lo suplico, alma mía, ¡renunciad á ese viaje!

Juana le miró.

—Tenéis una razón que no me decís,— le dijo.

—Sí, tengo una (respondió Felipe, acentuando enérgicamente sus palabras). Tened confianza en mí, y no me la preguntéis.

La señorita de La Roche-Ermel guardó silencio, y reflexionó.

Si le fué imposible penetrar el se-

creto de Felipe en todas sus extraordinarias complicaciones, al menos adivinó claramente, con su instinto femenino, el punto esencial. Comprendió que se había comprometido con alguna de las faltas de la juventud; cuyo remordimiento le pesaba, en algún lazo ilegítimo en que estaba aprisionado, y del que ella estaba llamada á libertarle. Ni por un momento pensó Juana identificar á su misteriosa rival con la marquesa de Talyas; quizá por lo mismo que aquel nombre la era familiar, y todos los días le pronunciaban delante de ella sin misterio.

Este descubrimiento agitó á la señorita de La Roche-Ermel; pero no dejó conocer á Felipe sus impresiones, explicándose todo lo que le había sido equívoco y sospechoso en su conducta.

Al mismo tiempo se daba á sí misma un papel salvador que lisonjeaba su imaginación, que satisfacía su conciencia y que excitaba todo lo que había en ella de noble y generoso.

—Pues bien (replicó dulcemente): está entendido. No iremos á París.... Yo no tenía gran interés en ello.... Vuestro amor propio será el que sufra, amigo mío.... Iré vestida como una novia de pueblo.

—¡Pero si vais siempre elegantísima, Juana!... ¿Dónde os habéis vestido hasta ahora?

—Hasta ahora he tenido una modistilla que no carecía de gusto, y entre las dos lo hacíamos todo....; pero también acaba de casarse, y ha dejado el país.

—¿No sería posible (dijo Felipe) enviar algunos de vuestros vestidos como modelos?

—¡Oh! Eso es muy delicado (contestó Juana, sonriendo). Aun las modistas más hábiles carecen á menudo de gusto cuando no se está allí para guiarlas. Además, un *trousseau* no se compone sólo de vestidos, primo mío.... Por lo menos necesitaría en París una persona muy inteligente para dirigir los trabajos, y no conozco á nadie.... ¿Sería vuestra amiga la marquesa de Talyas persona á propósito para hacerme este favor?

—¿La Marquesa? (dijo Felipe, cuyo corazón latió con violencia.) ¡Oh! No; creo que no sería capaz.... Tiene un carácter muy indolente...., muy indolente...., y temería....

—¿Ser indiscreto? Pues no hablemos más de ello.... Quiere decir que me casaré conforme estoy.

Y se echó á reir con su franca y hermosa risa, que entreabría sus la-

bios, dejando ver sus blanquísimos dientes, y formando dos encantadores hoyuelos en sus mejillas.

Felipe, entretanto, en el abismo en que luchaba, no podía salir de un peligro sin caer en otro. Apenas repuesto de la impresión que le había causado aquel proyecto de viaje que hubiera hecho que Juana y la Marquesa se vieran, se preguntaba con espanto si ésta consentiría que de una manera tan ostensible faltara á las condiciones que le había impuesto. Este viaje era una de sus imposiciones, y Felipe había prometido aprovecharle para presentarla á su prima. ¿Qué disculpa podría dar para justificar su falta de palabra? Además, ¿no concebiría sospechas, cuyos resultados podrían ser terribles? La idea que Juana le había propuesto, y que había recha-

zado al principio por delicadeza, acudió á su imaginación. Cuanto más pensaba en ella, tanto más se persuadía de que el mejor, y tal vez el único medio de alejar las sospechas de la Marquesa, sería proponerla la misión que su prima Juana había pensado confiarla.

Después de haber dicho á Juana que aceptaba por completo su proyecto, escribió á la Marquesa una larga y bien pensada carta, en que la decía en resumen, que el señor de La Roche-Ermel acababa de ser atacado de un grave acceso de gota, y que su hija, no pudiendo abandonarle, tenía forzosamente que diferir su viaje á París; por cuyo motivo Juana había pensado rogarla que se ocupara de la compra y confección de los objetos de su *trousseau*.

Esta carta tuvo una consecuencia inmediata, que Felipe debía haber previsto, pero que no previó, y le aterró cuando la supo. La Marquesa respondió cariñosamente, pero no á Felipe, sino á Juana. He aquí su respuesta:

«Estoy muy agradecida, señorita, de la prueba de amistad que me habéis dado al acordaros de mí. Os ruego que desde luego me escribáis, enviándome lo antes posible un paquete con todos los modelos, muestras y medidas de lo que podáis desear, añadiendo algunas instrucciones; creed que desplegaré gran actividad por complaceros y comprar todos cuantos objetos puedan seros necesarios. ¿Queréis permitirme, niña querida, que os envíe un abrazo?»

»LUÍSA DE TALYAS.»